

PRÓLOGO

La oscura matriz de lo posible

Las variaciones del mundo es un libro ambicioso. Ambicioso y, en su cuidada transparencia, complejo. Aborda uno de los temas permanentes de la poesía: la inasibilidad de lo real. La dificultad para captarlo, para decirlo. Pero deja entrever que es en la existencia donde está su clave y que las palabras de la poesía son la mejor guía para contenerlo. Por eso comienza diciendo: *Todo nace y muere en mí./ No hay nada que quitar, nada que añadir./ lo Real yace detrás del velo de las horas.* El libro se compone de cuatro partes que conforman un largo y único poema. En él se describe la marcha del protagonista corriendo los velos de la apariencia, los entredichos de la subjetividad, la engañosa duración. Su propósito es ir más allá: *hacia lo que está del otro lado.* No es el azaroso viaje horizontal de Odiseo ni los verticales descenso y ascenso de Eneas y de Virgilio, tampoco el detallado recorrido urbano del Leopold Bloom joyceano. Es algo más fantasmagórico: el tránsito de alguien que busca en el secreto de la naturaleza espiritual lo que sólo el secreto puede dar: vislumbres, figuras evanescentes. *Las variaciones del mundo*, para decirlo con sus propias palabras.

En la primera parte, el poema muestra la voluptuosidad con que se manifiestan las cosas: *El viento arrastra papeles, palabras, objetos,/ las infinitas variaciones del mundo.* Nada de lo cual es discernido por la razón ordenadora ni explicado por las categorías del afuera y del adentro, ni por la especie ni por la cantidad, ya que también *el discurso se fragmenta.* En esta selva atónita, el protagonista -que es el poeta, que es el oficinista-escucha melodías, observa resplandores, se entrega a la espiral del sueño. Como un ciego de nacimiento, lo vemos internarse en la procesión de las cosas y de los hechos y configurar un escenario en el que ya no cuenta la temporalidad ni la memoria ni los signos ni los nombres. Un escenario en el que sólo operan las visperas, sobreelevadas a la condición de perpetuo motor. Diego Roel escribe:

Soy un testigo

Escribo en los márgenes, en la fisura de los días.

.....

*En este mundo nada puede ser alcanzado,
perseguido.*

No hay nada que encontrar.

.....

*El menor gesto,
el menor movimiento nos aleja.*

En la segunda parte, como la Alicia del cuento de Lewis Carroll, el poeta -ya asumido en la condición de testigo- da un paso más y atraviesa el espejo de las apariencias: esto es, las manifestaciones del mundo, los umbrales del verbo, lo que puede ser visto, oído o

tocado. Ya del otro lado, la insignificancia toma el lugar de los significados y todo lo convencional se desvanece, dando lugar a una *palabra neutra, silenciosa* que se esforzará en atrapar, pues ella le revelará *la antigua memoria del Origen*. Ésta parece ser la búsqueda: atrapar lo que permanece idéntico y no cambia. Pero con la paradoja de que su identidad está constituida, precisamente, por el cambio: *la incesante sucesión*. Aquí surge su pregunta por el papel que, como escritor, le toca cumplir: *¿Cómo traducir eso que canta y muere,/ eso que gime y baila?/ ¿Cómo decir aquello que late y golpea en lo profundo?/ ¿Cómo decirlo?* Y responde con palabras que son un anhelo: *Escribir un poema que abra y cierre, que niegue y afirme. Que despliegue las imágenes precisas. Que filtre las luces y las sombras.// Que vele y de vele el sentido profundo de las cosas*. Descubre también cuál es su participación como testigo: quedarse quieto y contemplar la sucesión: (sueltas) *las manos y los pies*, (abiertas) *las piernas del lenguaje*.

En la tercera parte, el poeta-testigo ya está desasido y marcha sin el peso de tanto universo. *Alguien quemó los puentes*, dice; *alguien dispersó las cenizas*, y se prepara a observar *la lenta irrupción de lo Real*. En esta condición, escucha que *Hay una Voz detrás de tu voz,/ hay un camino más allá del vocablo.// Hay una Voz y un Camino*. Y comprende que ya está preparado para entrar en lo que denomina la *Ciudad irreal*.

Pero, ¿cuál es ésta Ciudad?, ¿qué contornos tiene?, ¿qué paisaje? El poeta no lo dice, pero podemos interpretarlo: es el lugar sin centro ni forma ni sonido. En el espíritu de la "Philadelphia" del *Banquete de Severo Arcángelo* de Marechal, es la antítesis de la "Cacodelphia" o ciudad degradada de su *Adánbuenosaires*. El lugar donde sólo se observa el lento hacerse y deshacerse de las cosas. La imagen recuerda el resplandor que observara Dante al superar la cornisa del último círculo. Sólo que ésta no tiene las formas de la escatología cristiana. En ella no está *Beatrice* vestida con los colores de la Virgen, ni tampoco se tiene la sensación de cima, de coronación, de llegada, que son tan claros en la imaginería de Dante. Puede ser el *nirvana*, el punto ciego donde todo nace y recomienza, pero en las palabras del poema está mencionado como *el vacío* (que) *es apertura y promesa*.

Se trata, pues, de una ascesis espiritual. De una cartografía de símbolos que nos invita a participar de las palabras como si fueran cuerpos vivos. Cuerpos, latidos o señales que nos conducen hasta *ese lugar imposible*. Se trata de una visión empujada por la necesidad de conocer lo que acaso sea por naturaleza incognoscible. Constituye, en su urgencia, una teología negativa, sin dios ni personificación ni trascendencia. Sólo la conciencia impersonal de algo que no tiene contornos, ya que *El vacío es destrucción y belleza./ La belleza es silencio./ El silencio no tiene imagen ni memoria*. Es la poesía de un solitario que ha buscado darle forma verbal y escrita a aquello que parece brillar en un incondicionado *Afuera*. La poesía de un poeta inclasificable en el actual escenario de las letras. De quien ha retomado el camino de las preguntas últimas para intentar responder a uno de los problemas eternos de la persona: el otro lado, el lado oscuro, la mitad perdida. O dicho con la erótica de su lenguaje: *donde descansa el ala de la noche*.

Los umbrales del verbo

Por momentos, esta poesía tiene la naturaleza agónica de la Carta de Lord Chandos de Hugo von Hofmannsthal. Lord Chandos, como sabemos, es la figura literaria con la que el poeta vienés del novecientos explica su renuncia a la actividad literaria, porque las palabras no logran ya evocarle el sentido de las cosas. Diego Roel siente como aquél que

la verdad última es irreductible a las palabras y que cualquier significado que quiera dársele deja afuera la epifanía de lo real. En una fuga del presente, arriba a un espacio ahistórico, no dependiente de ninguna forma ni convención social, y se deja llevar por el murmullo insondable de la vida. Allí encuentra que aquel fluir constante, indivisible, que rehúye toda representación, es lo Real. Pero que es imposible dominarlo y mucho menos explicarlo. Y es lo que hace el poema: dar cuenta no de las cosas sino de la percepción que se puede tener de ellas. Tal como lo dicen las líneas finales del poema: *Sí, todo nace y muere.// No hay nada que quitar, nada que añadir.* Roel afirma, de este modo, la necesidad de tomar contacto con lo Otro, sin intentar suprimir la contradicción que lo constriñe: la de no tener apariencia. Viene a decirnos que el sentido no es algo que esté realizado de una vez y para siempre, sino que es sólo búsqueda de sentido. Y que el lenguaje de la poesía es el instrumento para alcanzarlo.

Coda

Casi podría decir que asistí a la escritura de este libro. Leí los primeros originales en Mar del Plata y luego, cuando Diego se mudó a Mendoza, fui recibiendo por correo las distintas versiones de su reescritura. Lo vi a Diego trabajar y corregir sin descanso. Me transmitió, sin decírmelo, que estaba recorriendo un territorio desconocido en el que las palabras tenían un significado apenas indiciario y eran tomadas por él como vestigios, como puntos suspensivos. Con palabras de Mallarmé, pudo haberme dicho: *¿No será esto un acto de demencia?* También pudo decirme, con Valéry: *amo el trabajo del trabajo; sólo el trabajo borra las huellas del trabajo.* Ahora el libro está editado y muestra a Diego como un místico en un mundo profano. Un buscador de certezas cuyo afán es indagar lo que está más allá de la conciencia, cuyos límites están dados por el lenguaje de la poesía, y cuya energía está puesta en tocar *ese lugar inocente* en pos del cual escribe, vive y sueña.

Rafael Felipe Oteriño